

valles; en una palabra: como la flor siempre bella y olorosa de los campos: *Ego flos campi* (CANT., II, 1).

Por lo que acabamos de manifestar, bien puedes colegir, lector, cuál ha sido el objeto que nos hemos propuesto en estos discursos. Escoger alguno de los asuntos de la vida de María, representarlo bajo el símbolo de una flor, ofrecerlo de esta suerte á la piedad de los devotos, para que con el atractivo del símbolo se insinue más fácilmente en sus corazones; hé ahí lo que nos movió á acometer tal empresa; no para hacer gala de propia doctrina, sino para que se difundan siempre más y más las glorias de María, y para que en los devotos tome cada dia nuevo incremento el amor de la misma.

## DIA PRIMERO.

### INTRODUCCION.

#### LA IMITACION DE LAS VIRTUDES DE MARÍA.

*Qui elucidant me, vitam eternam habebunt.*

Los que me esclarecen, obtendrán la vida eterna.

(ECCL., XXIV, 31.)

Bella y risueña, señores, se ofrece á nuestros ojos la deliciosa primavera. El cielo osténtase sereno, tranquilo el aire, radiante la luz. Sosegado se nos aparece el instable ó veleidoso elemento del mar; pausado, deslízase por su cauce el plateado riachuelo, y renuévase el canto de las avecillas pintadas con tan variados colores. ¡Oh! ¡Con qué suavidad nos acarician nuestras frentes los blandos céfiros que vuelan en torno nuestro! ¡Con cuánta dulzura hiere nuestros ojos el rayo del sol! ¡Qué encanto nos ofrece la contemplacion de la naturaleza entera! Los montes ya no se ven cubiertos de nieve, sino llenos de verdor y amenos; las dilatadas llanuras hállanse henchidas de

mieses, y todos los prados osténtanse adornados de yerbas y flores. Y ¿dónde, dónde, repito, podemos volver la mirada, sin encontrarnos con el espectáculo el más bello de la rejuvenecida naturaleza? ¿Acaso en los frondosos bosques y aún en las oscuras y enmarañadas selvas, no sentimos un no sé qué de grato, que nos encanta, nos sorprende y nos atrae con el aroma de las plantas, la majestad de los árboles, y la frescura de las hojas? Hasta la misma noche, ¿no nos arrebatan como el dia, y aún con preferencia á él? Aquel plácido silencio, nunca interrumpido por los embravecidos huracanes; la estrellada bóveda del cielo, jamás cubierta por nubes amenazadoras; y la candorosa luna, no circuida por los vapores ni por copiosas lluvias, ¿no son espectáculos que nos encantan, nos arrebatan y nos sorprenden? ¡Ah! sí: lo mismo el dia que la noche, lo propio la luz que las tinieblas, así el sol como la luna, todo alienta, consuela, recrea; todo proporciona alegría, diversion y esparcimiento.

Mas lo que, principalmente, alegra el corazon y parece enajenarnos los sentidos es, en especial, la vista de las extensas llanuras, de las amenísimas colinas, de los lindos verjeles, enriquecidos y esmaltados con toda clase de flores. ¡Oh! cómo nos embelesa el aspecto de su grata frescura! cómo nos embriaga el olor que de ellas se desprende! En nuestra incertitud de saber sobre cuál de ellas es preferible fijar nuestras miradas, ora nos extasiamos contemplando las odoríferas alheñas, ora fijamos los ojos en las bellísimas rosas; en términos que el amaranto y el ranúnculo, la verbena y el amorcillo, el tulipan y el jacinto, la margarita y el clavel, la jeringuilla y el jazmin, parecen invitarnos á porfia, á deleitarnos en la vista de su agraciada belleza. Mas, ¿á dónde me conduce, señores, tal consideracion?

¡Ah! dispensadme el favor de levantar vuestras miradas, elevad más arriba vuestros pensamientos. No es, no, la vista de jardines materiales lo que trasporta mi corazon; ni es tampoco el aspecto de flores terrenales y caducas lo que suspende mi ánimo. Recordad, señores, que el mes de Mayo, el mes de las flores fué, precisamente, escogido para solemnizar los triunfos Marianos, las glorias de María, porque en ella germinaron todas las flores de las virtudes cristianas y religiosas. Hé aquí las flores que se ofrecen hoy, ante mi mirada; hé aquí el jardín que está contemplando mi imaginacion. Y no es en vano, señores, toda vez que, al hacerme esta reflexion, no me propongo otra cosa, que excitar vuestras almas, hasta donde lo permitan mis propios alcances, á la contemplacion deliciosísima de ese venturoso jardín. Sí, queridísimos hermanos; para conducirnos como por la mano al interior de esa misteriosa morada, mostrarnos una tras otra

las flores más excelentes, que en tal abundancia rebosan de aquel fértil suelo, y animaros á recoger, allí donde es lícito, los fecundos gérmenes que deben ser plantados en el terreno de vuestros corazones; me he impuesto la tarea que voy á desempeñar delante de vosotros durante todo el presente mes.

No espereis de mí, os lo suplico, galanura de estilo, ni elevacion de conceptos, ni sublimidad de razonamientos: yo no haré otra cosa que pintaros la virtud para que os enamoreis de ella. Siendo esa la meta de mis aspiraciones, esta noche procuraré demostrar, que fuera inútil de todo punto el contemplar las virtudes de María, sin proponerse la imitacion de ellas.

¡Virgen amorosa, verdadero jardin escogido, en el cual germinaron todas las flores, las verdaderas flores de las santas virtudes! ¡Oh! vos, con vuestra gracia, fecundizad, durante este mes, el árido suelo de nuestro miserable corazon, vivificadlo con el calor de vuestra caridad, adornadlo con aquellos santos gérmenes, á fin de que de un suelo harto lleno, por desgracia, de abrojos y de espinas, lo convirtamos en suelo el más grato y delicioso. De esta suerte, ¡oh Madre santísima! nosotros, al llegar al término de este devoto ejercicio, tendremos la inefable dicha de ofrecer un corazon que vos misma habreis preparado y dispuesto. A. M.

Por poco que estudiemos, mis queridos hermanos, las sagradas Escrituras, oiremos á cada paso la voz de la eterna é increada Sabiduría, la cual, no contenta con haber establecido en medio de la tierra un divino ejemplo de santidad y de virtud, nos está repitiendo claramente, que fuera cosa inútil el contemplar las perfecciones del mismo, si, al propio tiempo, no nos esmeráramos en reproducirlas en nuestro corazon.

Aprended, decía el Redentor á sus discípulos; aprended de mí á ser mansos y humildes de corazon: *Discite a me quia mitis sum, et umilis corde* (MATTH., XI, 29). Pues qué! ¿creyerais, por ventura, llegar á ser perfectos con solo meditar mis perfecciones? ¡Ah! vuestro engaño fuera bien culpable, puesto que yo os he dado el ejemplo de ellas, para que vosotros las imiteis en vosotros mismos, os diría Él: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis* (JOANN., XIII, 15). Vengan aquellos mis infortunados católicos que hicieron consistir toda su perfeccion en la contemplacion de mis virtudes: ¿qué hicieron esos miserables? Solo se hicieron dignos de mayor castigo. Ellos me siguieron con el pensamiento; mas anduvieron léjos de mí con las obras: siguiéronme con la vista fija sobre la cima

del monte: pero su pié permaneció inmóvil en el valle. ¡Desdichados! puesto que vivieron en las tinieblas en pleno mediodía, y que mirando, nada vieron, y oyendo, nada entendieron; ¡insensatos! ¿qué os resta de todo ello? Venganza, azote, exterminio; exterminio el más desolador, azote el más duro, venganza la más inexorable. No; no es mio aquel que me sigue con la vista, y no endereza en pos de mí sus pasos; no, no es mio aquel que me admira con el pensamiento y no me imita con las obras.

Así, pues, amadísimos hermanos, si todo depende, no de la simple admiracion, sino de la eficaz imitacion, ¿qué beneficios, qué ventajas pudiéramos nosotros alcanzar durante todo este mes, si hallándonos dispuestos solamente á conocer las virtudes de María, no nos esforzásemos en modo alguno á reproducirlas en nuestro corazon? ¿Pudiéramos, por lo mismo, considerarnos dichosos y felices con solo haber recorrido ese selecto jardin, admirado el órden, la belleza y la variedad de tantas flores aromáticas? ¡Aleje Dios de nosotros tan funesta presuncion! La Santísima Virgen, ella misma nos anima, asegurándonos, que solo podrá llamarse bienaventurado y feliz aquel que haya sabido copiar sus virtudes, seguir sus senderos é imitar sus ejemplos: *Qui elucidant me vitam æternam habebunt* (Eccl., XXIV, 31).

Es bien notorio, amados hermanos míos, que el hombre, y ocioso me parece recordároslo, de suyo tan débil, tiene tal propension á la maldad, y tanta necesidad de proteccion, que, entregado á sus propias fuerzas, se degrada y perece miserablemente. La religion no carece ciertamente para él de auxilios: el Altísimo le instruye con sus leyes, y aún le sostiene con las amonestaciones de Padre y las de Juez; con la esperanza del premio, y con el temor de los castigos. Empero, á pesar de todo eso, forzoso es confesarlo, el hombre necesita un modelo, un ejemplo y un prototipo; y lo necesita, no tanto para conocer la virtud, como para convencerse de que ella es fácil, posible, conveniente y adecuada á las fuerzas de un sér harto obstinado en considerarla árdua, penosa, é imposible. Mas, si en el ejemplo solo se fija la vista y no el corazon, si se le contempla y no se le sigue, ¿qué provecho podrá, en consecuencia, esperarse de ello? ¿Acaso, siendo débiles en los propósitos, pusilánimes en los peligros, impacientes en las tribulaciones, indolentes en las necesidades, y cobardes en las adversidades, tendríamos la osadía de prometernos fuerzas, aliento, valor y serenidad por haber simplemente meditado en este mes tal ó cual virtud de María? ¡Ah! locura fuera el pretender tal cosa, hermanos míos muy amados. Es preciso imitar aquello que se medita y copiar aquello que se admira. Nosotros, sin duda alguna, introduci-

dos en este mes en el místico jardín Mariano, lo hallaremos esmaltado de toda suerte de flores, le veremos lleno de las más sublimes bellezas; mas procuremos, mis queridos hermanos, no salir de él sin antes haber cogido, de vez en cuando, aquellos gérmenes, de los cuales conocemos que se halla falto el suelo de nuestro miserable corazón. En los mismos umbrales de ese escogido jardín encontraremos la inocente Primavera, que nos invita á la diligencia; más allá, el selecto Junquillo, que nos habla de la gracia, resaltando una y otro entre un grupo de misteriosos Geranios, que nos llaman á una vida retirada y cristiana. Más léjos se ofrecerá á nuestras miradas un arbusto, que nos habla de modestia: es la Viudita; en otra, una graciosa Maravilla, que nos enseña á levantar los ojos á cada instante al Sér Supremo; allí, una Azucena, revestido de pureza; allá, una Violeta, que se nutre de humildad; acá, una Verónica, que se distingue por su fidelidad; acullá, un Clavel, que nos induce á la beneficencia.

Y á medida que nuestro paso irá adelantando, veremos la Campanilla, que nos ordena dar gracias á Dios; el Majuelo, que nos inspira confianza; el Lirio cárdeno, que enciende en el corazón la llama más pura é intensa. Y si desde el llano pasamos á la cumbre de la colina, quedaremos asombrados al percibir los perfumes de aquel espiritual Estramonio, al contemplar las bellezas de aquella mística Rosa, y los misterios de aquel estrellado Eliótopio, ó Girasol; y la robusta Anémona, la coronada Pasionaria, el Botón de oro; la escogida Miosotis, la graciosa Madreselva y el delicioso Jazmin, vendrán igualmente á arrebatarnos con violencia nuestras extasiadas almas, unas sobre la cima del monte misterioso, otras en las márgenes del plateado riachuelo, y otras, finalmente, en el interior del bosque frondosísimo.

Empero, ¿qué ventaja, hermanos míos, vuelvo ahora á repetir; qué provecho sacaremos de una vista tan noble, si de ninguna manera nos aplicamos á plantar en nosotros tan sublimes virtudes? ¿Pues qué! ¿nos persuadiremos, acaso, que somos agradables á la Santísima Virgen de esta suerte? ¿Pretenderemos, por ventura, adquirir un derecho á sus gracias, por el mero hecho de admirar sus virtudes? ¿Por eso, solamente, nos llamaremos sus verdaderos devotos? ¿Qué ideas son esas, pues, y de qué fuente han podido llegar hasta nosotros? ¿Será posible, que no encontrando la Virgen en nosotros nada que á ella se le parezca, nos quiera mirar con predilección y amor? ¿Y qué es lo que pudiera atraer su corazón, si nos halláramos faltos ó privados de su semejanza? Y si en lugar de la virtud se hallara en nosotros, como sucede con harta frecuencia, la culpa y el pecado, ¿qué presunción no sería la nuestra al prometernos la predilección de María? ¡Ah!

entonces ella nos apartaría de su trono y de su presencia misma.

Y ¿cómo dudar de eso, amados hermanos? Ella, la Santísima Virgen, no acoge en su seno más que á sus verdaderos devotos; no distingue más que á aquellos que marchan en pos de Ella. Francamente, ¿pretenderíais, tal vez, seguir las huellas de María, limitándoos á admirar sus virtudes? ¿Crearíais amarla, sin corregir de ningún modo los defectos de vuestro miserable corazón, y transformarlo en las virtudes del suyo? ¿Pudierais persuadiros de ser sus verdaderos devotos, sin ejecutar de ninguna manera lo que Ella quiere? ¿Qué devoción pudiera ser esa? ¿Habríais olvidado, acaso, que el amor consiste en una unión la más perfecta, en una transformación, en cierto modo, de los corazones que se aman, en una recíproca conformidad con los deseos ajenos, las ajenas aspiraciones, y aún con la voluntad ajena para seguir la de la persona amada? ¿Qué debe uno despojarse de todo aquello que le es propio, á fin de adornarse con cuanto pertenece á su amado?

Pues bien; careciendo, como carecemos, de las virtudes de María, y léjos del deseo de reproducirlas en nuestro corazón; ¿tuviéramos la pretensión de apellidarnos hijos suyos, amantes suyos? ¿Dónde están, pues, las obras del amor? ¿dónde las llamas de ese fuego divino? ¿Acaso, por una especie de devoción, que nos parece profesar á María, nuestra Madre Santísima, y que consiste, tan solo, en rezar algunas oraciones, y en visitar á su santa Imágen, creeremos que la amamos verdaderamente? Empero, esa devoción misma, ¿no pudiera ser muy bien una sombra, un sueño, una quimera? ¡Pues, qué! ¿llamaremos, por ventura, devota verdadera de María, aquella jóven, que aún no ha aprendido de Ella á limpiar su alma de tantos pensamientos vanos, orgullosos y nocivos; apartar de su corazón tantos afectos indignos, licenciosos é impúdicos; conservar su cuerpo puro, sano, sin mancha, cual templo vivo del Paráclito su esposo? ¿Cómo podrá titularse verdadera devota de María aquella alma indigna, que todavía no ha aprendido de Ella á guardar pura su azucena, á no descubrir las flaquezas del prójimo, á no hacer mofa de la devoción ajena, á no buscar prosélitos de su devoción? ¿Cómo pudiera llamarse verdadera devota de María aquella madre, que aún no ha aprendido de Ella á custodiar santamente su prole, á educarla en las vías del Señor, á vigilarla día y noche, á apartarla de tantas conversaciones, de tantas amistades, de la lectura de tantos libros, que corrompen el corazón, ofuscan la inteligencia y pervierten la voluntad? ¿Cómo pudieran decirse verdaderos devotos de María, aquel anciano, que teniendo ya un pié en el borde del sepulcro, todavía no ha aprendido de Ella á no ser

el escándalo de la ciudad y la perdición de la juventud? aquel poderoso, que en el apogeo de su grandeza, aún no ha aprendido de Ella á socorrer al desgraciado? aquel avaro, que se enriquece con la sangre del pobre? aquel orgulloso, que se encumbra sobre la ruina de los miserables? aquel émulo ó envidioso, que se abre paso en perjuicio del meritorio con insensatas calumnias? aquel infieo tutor, que medra con la herencia de sus pupilos? aquel pérfido juez, que administra la justicia de un modo venal? aquel dependiente infiel, que se aprovecha de los bienes que no le pertenecen? aquel astuto mancebo...?

Empero, corramos, mis queridos hermanos, corramos un velo sobre unas acciones tan indecorosas, y persuadámonos, miéntas tanto, que no es posible ser verdadero devoto de María, no siendo, hasta donde puede soportarlo nuestra debilidad, perfectos imitadores de sus virtudes. Rezar oraciones en honor suyo, frecuentar con asiduidad su templo, adornar su altar con preciosas ofrendas, ensalzar las glorias de su nombre, manifestar los afectos de su corazón, celebrar el candor de su alma, invocarla por Madre, reconocerla por Reina, tomarla por abogada; bien sea que su nombre abra nuestros lábios por la mañana y los cierre por la noche; que se celebren sus solemnidades, que se promuevan sus glorias, y se excite á otras almas á amarla; todo eso está muy bien, amados hermanos; pero, si no se imitan sus virtudes, todo es por demás; ni los ruegos son atendidos, ni las ofertas son agradables, ni los votos son escuchados. En suma, no hay motivo alguno de llamarse á engaño ó á ilusión; es preciso imitar las virtudes de María, dado que queramos ser, como de ello nos gloriamos, sus verdaderos devotos.

La simple admiración, bien léjos de hacernos verdaderos amantes de María, objetos agradables á su corazón, victoriosos en los combates, fieles ejecutores de los designos divinos, nos haría, por el contrario, reos del mayor de los delitos, dignos del más tremendo castigo, indignos de toda indulgencia y de toda disculpa. ¡Ah! no suceda así respecto de nosotros, mis queridos hermanos! Y toda vez que se nos llama, durante este mes, á la meditación de las virtudes de María, sea nuestro cuidado el reproducirlas en nuestro corazón, el hacernos verdaderos y fieles imitadores de nuestra Madre. ¡Oh! cuán bella será entónces nuestra suerte! Nuestro corazón se convertirá en un suelo el más fértil y productivo; esmaltado de infinita variedad de flores, será el objeto de las miradas y de las complacencias del Altísimo; nuestra Madre Santísima lo contemplará con amor; y Ella, Ella misma, lo fecundizará con sus aguas, lo alimentará con sus ardores, y lo guardará en todas partes, con sus bondadosas manos.

Así nosotros, al abrigo de los vendabales, preservados de las aguas, y libres de las tormentas, tendremos la inefable dicha de ver como crecen lozanas nuestras flores, dispuestas enteramente para ser trasplantadas un día en los eternos jardines de los cielos. Animo, pues, hermanos míos! y bien persuadidos del deber que á todos nos incumbe, de imitar las virtudes de nuestra Madre Santísima, imploremos de Ella misma, esta gracia, con las más afectuosas voces de nuestro filial corazón.

¡Oh Madre la más tierna y amorosa! ¡Ah! echad sobre nosotros una mirada desde el trono elevadísimo de gloria, donde reináis cual Emperatriz de cielos y tierra. Hijos vuestros somos, que arrepentidos de haber descuidado la imitación de vuestras virtudes, temblamos de comparecer ante vuestra presencia; mas, al mismo tiempo, nos sentimos animados por vuestras voces mismas; y á Vos acudimos con las lágrimas en los ojos, para que, perdonándonos nuestras pasadas infidelidades, os dignéis venir en auxilio de nuestras resoluciones. Nosotros deseamos imitaros, y así lo prometemos postrados á vuestras santísimas plantas. ¡Oh querida Madre nuestra! socorred nuestra debilidad, cubridnos con vuestro manto, sostenednos con vuestra diestra: de esta suerte, nosotros, seguros de ello estamos, alcanzaremos aquella perfección á la cual Vos, ¡oh mística flor de los campos! nos excitais con la voz y con el ejemplo en el decurso del presente mes.